

CULTURA, EXPERIMENTACIÓN E INNOVACIÓN: UNA DEFENSA DE LAS INSTITUCIONES EXCÉNTRICAS

JARON ROWAN

RESUMEN

Diseñar instituciones culturales no es fácil. En parte debido a una contradicción inherente a la misma noción de cultura: entendemos por cultura tanto los marcos de referencia que empleamos para comprender el mundo, el orden simbólico que nos ubica en relación a los demás como aquello que nos permite crear nuevos imaginarios, nuevas formas de ver y describir el mundo. El texto que sigue aborda esta problemática, defendiendo la necesidad de pensar una institucionalidad que sea capaz de relacionarse con esas culturas en movimiento, experimentales y atípicas, no normalizadas. El texto explora la necesidad de crear instituciones excéntricas capaces de contener, producir o cuidar con todo aquello que escapa de la norma, de lo normal.

PALABRAS CLAVE

Políticas culturales
Instituciones excéntricas
Culturas experimentales
Innovación en cultura

Las instituciones emergen para dar respuesta a necesidades sociales heterogéneas. Son materializaciones de realidades abstractas como pueden ser debates, ideales, decisiones y anhelos que ordenan y normalizan el comportamiento de las personas. Expresan los valores, o los acuerdos de colectivos y comunidades que en algún momento se han organizado. Son los intereses particulares condensados que toman cuerpo, ya sea para emanciparse de la autoridad o para imponer un nuevo tipo de orden. Se deben a la ciudadanía, capaz de constituirse en comunidades articuladas en torno a preocupaciones compartidas. Las instituciones son manifestaciones de conflictos de quienes nos preceden hechas piedra, hechas norma. Arreglos que adoptan una forma concreta. Sin un origen unívoco, su nacimiento puede deberse a coyunturas muy específicas, luchas ciudadanas, necesidades administrativas o económicas. De esta manera se va definiendo un espacio complejo de institucionalidad, compuesto de instituciones privadas, públicas y comunes. Algunas son más legales que legítimas, algunas son visibles, otras sin embargo relegadas a la invisibilidad. Cada una de ellas tiene sus ritmos, objetivos, capacidades y normativas, y ámbitos diferentes de alcance y actuación. En ocasiones están en concurrencia, en otras en el más absoluto aislamiento, así crean campos de tensión y de ordenación de lo social y territorial. Las instituciones culturales no son ajenas a esta realidad compleja.

Las instituciones público-estatales son, o deberían ser, lugares de mediación entre los derechos y la ciudadanía. Lugares en los que los valores de una sociedad dada se hacen estructura, cables, normativa y tecnologías con la voluntad de perdurar en el tiempo. Lamentablemente, al ir definiéndose las instituciones públicas, las instituciones del Estado, se vuelven más pesadas, lentas, burocráticas. Cuanto más se acercan a la administración más tienden a verticalizarse. Es comprensible, sostienen ciertos derechos y asegurarse de que los más vulnerables no se queden desprotegidos, y al tiempo ser capaces de incorporar nuevas preocupaciones o demandas ciudadanas. Por lo general estas instituciones no son especialmente operativas para acompañar procesos experimentales, creativos, raros o diferentes. Lo que las instituciones hacen bien es normalizar, centrar, asentar, es su función. Los desbordes nacen en otros lados, en sus márgenes. Lo que propongo a continuación es explorar esta problemática, defendiendo la necesidad de pensar una institucionalidad que sea capaz de relacionarse con esas culturas en movimiento, experimentales y atípicas, no normalizadas, y de vincularse con tecnologías inestables, con subjetividades experimentales, con lenguajes titubeantes, con categorías inexactas, con ciencias intuitivas y con deseos por producir. Es la defensa de unas instituciones excéntricas capaces de contener, producir o cuidar de todo aquello que escapa de la norma, de lo normal.

CENTRO DE GRAVEDAD PERMANENTE

Diseñar instituciones culturales no es fácil. Empecemos por una paradoja. En su excelente ensayo "La idea de cultura", en la que se explora cómo ha llegado a nuestros días la noción de cultura que utilizamos, Terry Eagleton señala que "la palabra cultura encierra en sí misma una tensión entre producir y ser producido" (Eagleton, 2006: 16). Es decir, entendemos por cultura los marcos de referencia que empleamos para comprender el mundo, el orden simbólico que nos ubica con relación a los demás, las imágenes y palabras que usamos para pensarnos y describirnos, las hegemonías que nos arraigan y que reproducimos con nuestras conductas. A la vez, también entendemos que la cultura es aquello que nos permite crear nuevos imaginarios, nuevas formas de ver y describir el mundo, nuevas formas de establecer vínculos y relaciones, producir nuevas estructuras de sentir y desear. La cultura instituye y, al tiempo, ex-tituye, o por lo menos tiene el potencial de hacerlo. He aquí una paradoja que no pretende ser un simple juego de palabras: la institución cultural puede producirse como un acto crítico, como un ejercicio de crítica institucional, por lo que su capacidad instituyente nace de su potencial de destituir.



Esta contradicción ha estado siempre presente en la idea de cultura, ya sea entendida como un sistema de instrucción o de cultivo de la mente, o como el espacio en el que germinan nuevas ideas; como estructura de civilización o como esfera de emancipación; como el archivo de lo mejor que se ha hecho y dicho en la historia o como un horizonte abierto para especular, experimentar y proponer lo que aún no ha sabido nombrar. Esta dialéctica, no exenta de tensiones, es la que subyace al diseño de políticas culturales, instituciones e infraestructuras públicas que garanticen el acceso a la cultura. Conciliar una idea de la cultura como marco normativo, patrimonio y pasado, con una idea que la entiende como espacio de experimentación y puesta en crisis de las normas, como presente que está por imaginar.

Aquí surge el problema. El Estado, en tanto que garante del derecho de acceso a la cultura, se ve obligado a institucionalizarla, categorizarla, preservarla y centrarla. En el Estado español las competencias de cultura están muy distribuidas. Cada administración ordena el territorio con sus instituciones, produce una institucionalidad cultural acorde con sus intereses dentro del marco constitucional. Produce, así, centros simbólicos que dan visibilidad y legitimidad a determinadas prácticas: centros culturales, centros de gravedad. De este modo, instituye desde arriba estéticas, tendencias, trayectorias y biografías. Cristaliza la cultura que nos va a hacer sujetos de Estado, que nos va a dotar de marcos de referencia para interpretar la realidad. Aglutina imaginarios que nos ayuden a dotarnos de sentido. Paulatinamente, esta cultura instituida se transforma en nuestra educación sensible, en nuestras normas no escritas. En la ley sin la ley que decía Kant. El museo, el auditorio, la biblioteca tienden a centrar biografías erráticas, canonizan lo salvaje, lo intempestivo. Cuando se producen centros, obviamente, se producen también márgenes, o marginados: aquellos que no son asimilables, deseables ni reducibles al formato establecido. Lo que, pese a todo, desafía la ley escrita y no escrita. Casi todo puede entrar, todo es susceptible de llegar al centro cultural. La institución no es tonta. Es lenta.

Es en este contexto que no podemos dejar de estar de acuerdo con el analista cultural Víctor Vich cuando en su libro "Desculturizar la cultura" argumenta que "las políticas culturales deben servir para revelar cómo las normas culturales que nos han socializado corresponden a patrones de poder, pero sobre todo, para deconstruirlas, deslegitimarlas y para comenzar a construir otras nuevas" (Vich, 2014:38). Es importante diseñar políticas culturales que sean capaces de descentrar el centro y de poner en crisis la actual tendencia a legitimar, a consagrar y a educar desde los centros culturales. Cada Estado, cada organización territorial, cada ciudad crea sus centros, es importante fijarnos en ellos para entender cómo se organiza cierto poder. De igual forma, es importante detener la mirada en lo que queda en los márgenes, en lo que es excluido. En quienes habitan en los márgenes o son abiertamente marginados. Seguimos con Vich, quien escribe "una política cultural verdaderamente democrática debe proponerse abrir espacios para que las identidades excluidas accedan al poder de representarse a sí mismas y de significar su propia condición política participando como verdaderos actores en la esfera pública" (Vich, 2014:89). Por ello, las instituciones culturales deberían poder combatir la tendencia de la cultura a hegemonizarse. A hacerse institución.

Es en este contexto que se hace visible nuestra tensión: en los movimientos que acercan y alejan las prácticas culturales de la institución. Que quede claro, no hablamos de una dialéctica dentro/fuera, arriba/abajo, ojalá fuera tan simple. Todas cruzamos instituciones y somos cruzadas por instituciones. Estamos hablando de luces y sombras, de cómo se concilian legitimidades verticales y horizontales. De tensiones. De cómo se categoriza lo informe, se ordena lo disperso. Aquí entre nosotros, un pequeño secreto: el sueño oculto de la cultura es la hegemonía. Cuando ya es tarde y no hay testigos, la cultura se imagina llegando al centro. Sueña con convertirse en estandarte. Es un sueño inconfesable: el sueño del reconocimiento, de la admiración, el deseo de acumular poder simbólico. Sueña con llenar el auditorio, con producir historia, con producir nación. La cultura disimula, pero no logra esconder su ambición de llegar a ser canon. Por ello se retuerce, reniega, discrepa, se destituye y rebela para así llegar antes al centro. Por el camino perderá algo, siempre. Instituirse es volverse un poco inflexible, un poco canónico. Hacerse coherente. Perder aristas y sombras. Es el precio que se paga por ganar reconocimiento. Entrar en el libro de texto implica fijar, congelar, aplanar la cultura. Así se vuelve institución, se prolonga en el tiempo, se vuelve referente, se vuelve necesaria para el relato colectivo, el relato de nación, el relato de quienes somos, el relato de Estado. Así la cultura pasa de ser producida a producir. Pasa de imaginar a crear imaginarios. De experimentar a

CULTURA, CIUDADANÍA PENSAMIENTO

marcar los límites de lo que puede ser explorado. La alargada sombra del Ministerio de Cultura se va perfilando. La sombra que oculta todo lo que no ha sabido iluminar. Siempre hay cosas que quedan a oscuras, que están demasiado lejos, que se escabullen. Saberes demasiado raros, difíciles de homologar, que necesitan otra temporalidad para poder cuajar. Estéticas impronunciadas. Fermentos inestables. Eróticas *maquinicas* que necesitan de otros espacios para poder crecer. El Ministerio tiene límites, y aquí se hacen palpables, visibles. Está demasiado en el centro. Otro secreto mal guardado, al Estado le encanta legitimar, ordenar, nombrar, premiar, consagrar. Las instituciones público-estatales eso lo hacen bien. El Ministerio atrae hacia el centro. Una tarea importante: crear instituciones que tensionen el centro. Que legitimen lo que aún no es legible, lo que aún no es nombrable. Que se doten de excelencias bárbaras para hacer contrapeso al capital simbólico de la gran institución. Instituir prácticas inciertas. Abrir grandes puertas y ventanas en el Ministerio para permitir que pase la luz y que, así, su sombra sea menos alargada. Que se pueda iluminar desde abajo. Desde los lados. Diseñar instituciones que pongan en crisis los valores canónicos. Lo normalizado. Lo normal.

LOS EXPERIMENTOS

Nuestro imaginario institucional tiene sus límites. Pensamos aún iluminados por las instituciones modernas. Sus trayectorias son largas y sus legados más pesados de lo que podría parecer. La modernidad fue una gran inventora de instituciones, nos dejó los planos para diseñar cárceles, hospitales, museos, universidades, auditorios... Instituciones que aún hoy nos siguen ordenando y normalizando. Imponen categorías y formas de organización modernas en un mundo muy distinto al que las vio nacer. Si damos por buenas las ideas de algunas de las historiadoras y filósofas contemporáneas de la ciencia, como pueden ser Isabelle Stengers, Bruno Latour o Michel Serres, tenemos que aceptar que la modernidad es un periodo marcado por las escisiones. Sus respectivos trabajos nos han hecho entender que el proyecto moderno, para poder establecer las disciplinas de pensamiento y asentar diferentes tipos de saberes, se ha visto obligado a separar ideas, procedimientos, intuiciones, prácticas e imaginarios. Las instituciones modernas reproducen estas escisiones.

Así, el gran cisma, la gran falla, la gran escisión sería la que separa las ciencias de las cosas de las ciencias de las personas. Las ciencias naturales de las sociales. La natura de la cultura. El saber de la práctica. Los telescopios de las urnas. Los bestiarios de las encuestas. El laboratorio de Boyle y el parlamento de Hobbes. Las ciencias que presentan evidencias, y las ciencias que representan personas. La ciencia de la verdad de las ciencias de los posibles. La ciencia seria de las ciencias juguetonas. Esta gran brecha obviamente provocó daños colaterales. En el proceso de normalización de los campos científicos unos saberes se validaron y otros se rechazaron. La constitución de la epistemología occidental moderna se llevó por delante saberes raros, conocimientos tradicionales y espacios diferentes. Se creó El Método. La institución. Se estableció de forma clara una jerarquía de saberes, de quiénes podían conocer y quiénes eran los objetos de las ciencias. Qué métodos eran válidos y cuáles eran inservibles. Las ciencias naturales establecieron un campo claro de acción, validación, homologación y normalización del conocimiento. El laboratorio podía establecer claramente quién era investigador y qué era investigado. Por otro lado, las ciencias sociales desarrollaron formas de representación vicarias para poder dar voz a una población creciente y necesitada de orden. Las urnas y los votos, las encuestas y las estadísticas, las etnografías y los parlamentos. Objeto y sujeto quedaron claramente escindidos. Representantes de los representados. Investigadores e investigados. Metrópolis y colonias. Legitimadores y legitimados.

Tiempos convulsos en los que nacieron los lugares donde se investiga. En los que se experimenta. Se decide. Las universidades y las facultades. Los lugares en los que se aprende y en los que se enseña. Los lugares en los que el conocimiento se legitima o en los que se prohíbe. En los que unas palabras se validan y otras se eliminan. Unas sensibilidades se aceptan y otras se marginan. Los saberes siempre marginan, cuando no prohíben, encierran o queman a quienes no aceptan el canon, el método. Quienes no tienen ni usan las palabras de la verdad. Del centro. De la norma y lo normal. En uno de estos márgenes quedaron las artes, las artesanías, las ingenierías y las arquitecturas. Aquellos campos de práctica y pensamiento que no tan sólo se dedicaban a la natura o a la cultura. Que trabajaban con cosas y personas a la vez. Que combinan teoría y práctica. Saberes técnicos y saberes haceres. Esos espacios de investigación



CULTURA, CIUDADANÍA

PENSAMIENTO

un poco raros. Que parecen más talleres que laboratorios. Más asamblea que partido. Que presentan y representan. En los que materiales, intuiciones, sensibilidades y deseo se mezclan y cruzan de formas azarosas y ordenadas. Y de nuevo escisiones. Las artes de las tecnologías. Los que hacen preguntas de los que dan respuestas. Las artes bellas y las aplicadas. El arte y el diseño, con calzador, se metieron en las humanidades. La arquitectura, el diseño industrial, se cubrieron bajo el alero de las ciencias técnicas. Escisión tras escisión. Mirando siempre de abajo a arriba. A las ciencias naturales en busca de rigor. A las ciencias sociales en busca de legitimidad. Creando sus nuevos centros, de arte, de diseño, de arquitectura, pero lejos aún de los grandes centros de saber.

El Ministerio de la Ciencia poco tenía que decir sobre el Ministerio de Cultura y viceversa. Sus sombras se cruzan oscureciendo aún más todas aquellas prácticas o espacios en los que estos límites no operan. El laboratorio y el estudio. Las ciencias y las artes. Lo racional y lo subjetivo. Menudo campo fértil de contaminaciones que se topan siempre con las disciplinas, con los campos, con lo reglado, con las reglas. Las culturas experimentales y las ciencias populares. Los saberes estéticos y las objetividades promiscuas. La innovación no canónica que puede dar lugar a lo inesperado apenas encuentra su lugar. Nuestro doble problema se va dibujando. En primer lugar, cómo diseñar políticas e instituciones culturales que pongan en crisis la hegemonía. Que faciliten el movimiento. Que no marginen o reproduzcan estructuras de poder ya asentadas. Que generen Ministerios flexibles capaces de moverse y aceptar su centralidad como límite. Segundo problema, estrechamente vinculado con el primero. Cómo producir instituciones para las culturas experimentales, críticas, nómadas y asalvajadas. Las culturas productivas, emergentes y anómalas que piensan, exploran y abren imaginarios y posibilidades. Las culturas investigadoras que carecen de laboratorio y que aún están trasteando con su método. Cómo validar los saberes que se producen fuera de campo, fuera de método, fuera de lugar. Ceder privilegios nunca ha sido fácil. Aceptar que se produce conocimiento lejos del centro parece difícil de asimilar. Saberes que operan más allá de las divisiones y categorías. Pensamiento materializado en prácticas artísticas y culturales. Saberes excéntricos que requieren de espacios, de instituciones que también anden lejos de los centros de legitimidad.

LA INSTITUCIÓN EXCÉNTRICA

Se nos acumulan cosas. El peso de la modernidad. Las dependencias de los rumbos marcados por otros. La rigidez institucional. Las normativas heredadas. Todos estos elementos se combinan con nuestra falta de imaginación a la hora de diseñar instituciones. La bipolaridad de la cultura como norma y como desborde tampoco hace que las cosas sean fáciles. Las instituciones que acunen lo experimental, que expresen formas de innovación social, que evidencien las hegemonías están aún por definir. Tenemos algunas pistas. A lo largo del territorio hemos ido viendo cómo surgen instituciones excéntricas. Raras. El museo de lo salvaje. La musea. El laboratorio social. El Ministerio descentrado. El Liceo Mutante. La Casa Invisible. El Alg-a Lab. La Ingovernable. El Ateneu Candela. La Fábrica de Toda la Vida. Astra. El Luis Buñuel. La Base. El Patio Maravillas. Can Batlló. Vaciador 34. Etc. Ejemplos que conviven con tantos otros espacios dedicados a prototipar nuevas formas de vida. Lugares en los que la escisión moderna entre ciencia y política no opera. En los que las preocupaciones estéticas pueden convivir con agendas sociales. Iniciativas en las que la dicotomía entre producir y consumir cultura no es una opción. Instituciones que permiten una confluencia de subjetividades y prácticas que contribuyen a que se puedan crear saberes diferentes, raros. Ministerios de Cultura excéntricos que alientan el cacharreo, la experimentación tecnológica, la innovación y la *ñapa*. Iniciativas dispuestas a evidenciar las hegemonías culturales y las relaciones de poder que a ellas subyacen. Espacios que se topan una y otra vez con sus propias hegemonías, sus estéticas panfletarias y sus límites de gestión. Espacios que rezuman legitimidad pero cuya legalidad está en muchas ocasiones puesta en entredicho. Lugares en los que se ensayan nuevos derechos, de base colectiva, para una ciudadanía heterogénea que no se deja encasillar. Espacios que aglutinan comunidades por definir. Inventos y arreglos temporales que permiten ver los límites de lo público, que vislumbran los límites del interés general. Proyectos que nacen en torno a intereses comunitarios, gracias a la capacidad de cooperación de colectivos que improvisan acuerdos, modelos organizativos, estructuras de gestión. Infraestructuras inestables del común ancladas en barrios, calles, zonas que las hacen únicas, imposibles de replicar. Iniciativas dispuestas a sacar a nuestras instituciones a bailar. Centros de gravedad capaces de marcar rutas diferentes, nuevos itinerarios,

desplazamientos de los centros que es necesario asumir. Órbitas excéntricas que difícilmente podemos evitar. Así se mueven y operan los Ministerios Excéntricos, como un reto a la institucionalidad. Como una fuerza viva con la que es imprescindible contar. Para inventar. Crear. Experimentar. Aprender. Desafinar. Desear. Disfrutar.

Algunas de estas instituciones excéntricas dialogan mal con los centros, con las instituciones asentadas. Sus lenguajes son crípticos, usan palabras por cristalizar. Sus modelos de gestión son inestables, en muchas ocasiones precarios. Sus identidades difíciles de leer. Sus códigos, sus normas reflejan valores por conciliar. Sus tecnologías no parecen poder interconectar. En cambio es esta inestabilidad la que les permite albergar, recoger, impulsar formas de investigación y experimentación que carecen de cabida en otros lugares. Sus imaginarios estéticos son tan cerrados que permiten que se puedan explorar estéticas arriesgadas, improbables, sin finalidad. Culturas de borrador. Sin pasar a limpio. Su encaje institucional es complicado, pero no por ello algo que nos debería dejar de preocupar. Son el contrapeso necesario para tensar las instituciones públicas, para distribuir legitimidad, para que la experimentación no se encuentre con límites políticos o estéticos. Son los lugares que no cierran las puertas que nos permiten imaginar. Nos abren la puerta a pensar en territorios multicéntricos. El reto de las políticas culturales es producir instancias de mediación entre estos centros y márgenes, entre condensaciones y desbordes, entre instituciones formales e instituciones excéntricas. Consiste en ayudarnos a aceptar que la tensión que generan es productiva, es necesaria. Que legalidad y legitimidad pueden entrar en diálogo. En fomentar espacios que puedan poner en crisis nuestras hegemonías. Que nos permitan experimentar, cacharrear, divertirnos, investigar y de vez en cuando fracasar.

REFERENCIAS

EAGLETON, T. (2006). *La idea de cultura*. Barcelona, Paidós.

VICH, V. (2014). *Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política*. México DF, Siglo XXI.

JARON ROWAN

BAU CENTRO UNIVERSITARIO DE DISEÑO DE BARCELONA
SIRJARON@GMAIL.COM

Actualmente combino la investigación con la escritura y la docencia. Soy coordinador de la Unidad de Investigación y Doctorado de BAU, Centro Universitario de Diseño, en Barcelona.

